

EDITORIAL

La revista *Sumuntán* ya hace tiempo que no es una novedad de las tierras de Mágina, incluso ya hace bastantes números que superó su mayoría de edad. Sin embargo, cuando se mira hacia atrás siempre quedan cosas pendientes por resolver, flecos que limar o proyectos por recuperar, pero la vorágine del tiempo actual nos lleva en volandas a tal velocidad que es difícil frenar sin quedarse apeado en el camino. En este viaje frenético no podemos menos que añorar otros viajes, en otro tiempo, más sufridos, pero también más bellos; como fue el viaje de Antonio Ponz que, al pasar por la campiña de Sierra Mágina a mediados del siglo XVIII, en el camino de Baeza a Jaén, describía el paisaje árido y despoblado y el camino por la campiña en mal estado, con grandes tramos sin un solo árbol, tierras que sólo ofrecían a la vista cerros pelados, secos rastrojos y mucho polvo. Hoy es un bosque de olivos que lo cubre todo, una oleada de vegetación que bajó de los altos valles de Mágina, de los olivos centenarios que poblaban prados y huertos y encontraron en la campiña un campo de cultivo extraordinario.

Del cereal sólo queda el recuerdo de abandonadas eras de trilla que salpican el paisaje, junto a los cortijos, arruinados en su mayor parte. Ellos no pudieron subirse a ese tren alocado al que todos nos asimos desesperadamente. Ellas, las eras, resisten mejor la infalible máquina del tiempo, mantienen entre los olivos su cabeza erguida, orgullosas de su función milenaria, aunque ya no pase por ellas la trilla tirada por yuntas de mulos al trote, ni los hombres ablenen con palas el grano, ni las mujeres barran las eras, ni en las bestias carguen las voluminosas barcinas.

Entre el bosque de olivar las eras perviven con su construcción de piedra, cual calzada romana que ha soportado el continuo circular de yuntas y máquinas de trilla año tras año, siglo tras siglo; construidas por anónimos arquitectos de la piedra seca, que trazaron sus hermosas guías y colocaron sus fuertes guijarros, formando el mosaico de sus vidas. Las eras son ejemplo de arquitectura popular y etnología, plenas de poesía; cual santuarios, el hombre de Mágina las respetó siempre, más este «tren del progreso» está celoso de su altivez, borra al hombre el recuerdo y le empuja a destruir sus señas de identidad. Ya han desaparecido casi por completo los ejidos de nuestros pueblos, se han plantado olivos donde antes existían aisladas eras, y se han levantado construcciones sobre otras. Aún quedan muchas más, huérfanas de legislación que las proteja, pérdidas en el paisaje, que nos transmiten la sobriedad de los hombres que las construyeron.

El Colectivo, ha iniciado un nuevo proyecto de catalogación de la arquitectura rural en piedra seca de nuestra comarca, financiado por la Obra Socio Cultu-

ral de la Caja de Jaén. Es un proyecto ambicioso y difícil, pero a la vez interesante y que nos marca unos retos a los miembros del Colectivo. Pues de todos y todas será necesaria la colaboración.

Sumuntán sigue su curso, año tras año, sin faltar la cita con sus lectores en cualquier punto del mundo donde se encuentren y, como las eras, con fuertes raíces, intentado hacernos volver la mirada hacia nosotros mismos, perseverando nuestra identidad y proyectándola hacia el futuro.